

EMILIO CARRILLO

con la colaboración de **Francesc Prims**

¿QUÉ HAY DESPUÉS DE LA MUERTE?

**TODO LO QUE DEBES SABER
SOBRE LA VIDA EN EL «MÁS ALLÁ»**

Con testimonios reales

m̄r

EMILIO CARRILLO

Con la colaboración de Francesc Prims

¿QUÉ HAY DESPUÉS DE LA MUERTE?

TODO LO QUE DEBES SABER SOBRE
LA VIDA EN EL «MÁS ALLÁ»

mī

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Emilio Carrillo, 2018

© Francesc Prims, 2018

Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4407-4

Depósito legal: B. 531-2018

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
AGRADECIMIENTOS	15

LA VERDADERA NATURALEZA DE LA «MUERTE»

1. LA MUERTE, EL TRÁNSITO Y EL PLANO DE LUZ	21
2. LA CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL SER HUMANO	53

EL TRÁNSITO

3. ENTRE LA MUERTE Y EL TRÁNSITO	79
4. LA ESTADÍA EN EL TRÁNSITO	99
5. LAS INTERACCIONES CON EL TRÁNSITO	127

EL PLANO DE LUZ O DEVACHÁN

6. EL PRIMER NIVEL DEL DEVACHÁN	153
7. EL CONTACTO CON EL DEVACHÁN	163
8. EVALUACIÓN Y REENCARNACIÓN	187
9. EL VIAJE DEL PEREGRINO	195

1

LA MUERTE, EL TRÁNSITO Y EL PLANO DE LUZ

Mi experiencia tuvo lugar en una tarde de noviembre de hace ya más de siete años, en la UCI de un hospital de Sevilla. En ese momento tenía cincuenta y dos años. Una caída bajando un monte me provocó una fractura de peroné; esta, a su vez, una trombo-sis; y esta, finalmente, un infarto pulmonar. A ello se sumó un erróneo diagnóstico inicial del infarto como una mera neumonía y la aparición de nuevos trombos en la vena femoral. A las veinticuatro horas de haber ingresado en la UCI, mi situación era límite.

Lo que sentí durante esas casi dos horas de nuestro tiempo sería muy extenso de compartir en palabras, pero voy a intentar sintetizar mi experiencia.

* * *

«Vi mi cuerpo físico desde fuera del mismo».
29 de noviembre de 2010.

Estaba tendido en la cama boca arriba, mientras que yo «flotaba» y observaba todo lo que ocurría a mi alrededor.

De inmediato, contemplé con todo lujo de detalles la vida entera que dejaba atrás. Todos y cada uno de los hechos y circunstancias vividos

durante mis cincuenta y dos años, sin excepción, y no de manera parcial o resumida, sino ordenada y pormenorizada. No como una película o sucesión de fotogramas que se proyectaran ante mí, sino íntegramente y de forma simultánea.

Esta visión me proporcionó la constatación de que en la vida todo tiene su porqué, su para qué y su sentido profundo, que todo encaja de manera armónica. No hay ninguna pieza suelta o fuera de lugar en el puzle de la vida.

Seguidamente vi y sentí que estaba acompañado por seres de luz. Pronto estos tomaron un aspecto reconocible como los que encarnados habían sido mi padre, mi madre y varios hermanos de esta, todos fallecidos años atrás.

Fue mi madre la que tomó la iniciativa de comunicarse conmigo; me preguntó si me encontraba tranquilo y en paz. No fue una comunicación verbal, pero sí percibí su mensaje; y también yo pude comunicarme con ellos.

Curiosamente, entre los seres de luz se encontraba una hermana de mi madre que no había fallecido, o al menos eso creía yo en ese momento. Luego me informaron de que había muerto mientras yo estaba ingresado en la UCI.

Por fin, tras verme tan bien acompañado, advertí a escasos metros un soberbio túnel de luz resplandeciente en posición horizontal, sin pendiente alguna. Era refulgente y casi deslumbrante. Supe que era la entrada hacia el «más allá». Casi al final del túnel tuve un contacto con una forma energética que solo desprendía armonía y un amor inmenso.

Esa forma, tal como la percibí, tomó la apariencia de Cristo Jesús. Me tendió sus manos de luz y las entrelazó con las mías, y generó en mí ser una experiencia de gozo inenarrable. ¿Por qué volví a mi cuerpo físico? Fue como consecuencia de este encuentro y de la comunicación que ahí se estableció. Esa apariencia me confirmó que volvería a la vida física para hacer «algo» que solo descubriría transcurrido cierto tiempo.

* * *

Este es el testimonio de mi experiencia cercana a la muerte. Fue incluido en el reportaje que publicó el periódico digital *El Español* en 2016, al que me refiero en el apartado de Agradecimientos.

Efectivamente, hay vida más allá de la muerte. Las personas que pueden vivirlo y «regresar» hablan de una experiencia positiva, siempre impactante, que de algún modo altera —para mejor— su posición frente a la existencia. Aunque tú no hayas pasado por algo así, tener conocimiento respecto a la mal denominada «muerte» y sus repercusiones puede inducirte a vivir la vida con mayor plenitud y consciencia.

LA VISIÓN MATERIALISTA Y LA ESPIRITUAL

DOS PERSPECTIVAS ANTAGÓNICAS

Mira tu vida y observa cómo en ella, al igual que en la de cualquier otro ser humano, se mantienen siempre abiertas y a tu disposición dos grandes opciones en cuanto a la forma de concebir la existencia —es decir, en cuanto a la forma de entender y manifestar el célebre quién soy, de dónde vengo y adónde voy—. Las enciclopedias acostumbran a denominar estas dos grandes opciones filosofía utilitarista o materialista, por un lado, y filosofía espiritual o trascendente, por otro.

La primera postula que tu existencia viene enteramente definida por tu «yo» físico, emocional y mental. Esto tiene dos consecuencias directas: una, que el conocimiento que tienes de ti y de tus actos viene dado por la identificación con ese «yo» y la personalidad a él asociada. La segunda consecuencia es que tu capacidad para reconocer la realidad circundante e interactuar con ella se basa en el uso de tus sentidos corpóreo-mentales: desde tu punto de vista, estos son los únicos instrumentos que posees para ver, comprender e interpretar una vida que, en lo que a ti respecta, arrancó cuando naciste y concluirá cuando fallezcas.

Si algo caracteriza a la filosofía materialista es su simplicidad. Esto constituye su principal atractivo: no tienes que hallar la respuesta a preguntas metafísicas, ni poner interés en nada que no sea el mundo material que te rodea. Con estas premisas, el sentido

de la existencia es muy sencillo: consiste en levantarte cada mañana hasta que, un mal día, ya no te levantas más. Y ahí acabó todo.

La otra filosofía, la trascendente, puede parecer más farragosa. Enunciado de manera escueta podemos decir que te induce a plantearte cuestiones profundas que han de ser dilucidadas por medios que van más allá de los sentidos puramente físicos. Esto requiere que otees dentro de ti con el fin de superar las barreras inherentes a tu «yo» materialista. La mayoría de las personas consideran que es inconveniente y molesto aventurarse por estos vericuetos.

Pero esto no es todo. Para colmo, la filosofía trascendente asegura que cuando acontezca eso que llamas muerte, tú, lo que realmente eres, no morirá. Esta posibilidad resulta prometedora y tentadora, pero también engorrosa: si la aceptas, deberás dedicar atención y tiempo a asuntos que no forman parte del hilo conductor materialista de la vida cotidiana. Este hilo viene impuesto por la sociedad y has ajustado a él buena parte de tus hábitos y pautas vitales, emocionales y mentales.

Las dos grandes opciones y visiones están abiertas ante ti, como decía al principio. E, ineludiblemente, no puedes hacer otra cosa que escoger una de las dos. Se trata de una decisión fundamental. Aunque no te des cuenta es la elección más importante de tu vida. De hecho, la llevas a cabo todos los días, seas o no consciente de ello. Ahora bien, porque se trata de una decisión de tanto calado, te invito a que la tomes intencionadamente.

Nadie puede ayudarte a efectuar esta elección. Yo tampoco. Lo único que está en mi mano es mostrarte por una parte la paradoja en que se halla sumida la filosofía materialista, y por la otra recordarte las hondas raíces con que cuenta la filosofía trascendente, que tiene un firme arraigo en la historia de la humanidad.

LA PARADOJA DE LA FILOSOFÍA MATERIALISTA

Aunque sus partidarios no se aperciban de ello, la filosofía materialista está inmersa en una paradoja flagrante: la de no ser

capaz de asumir ni digerir las consecuencias e implicaciones de las conclusiones a las que ella misma llega. Esto es contrario a toda lógica.

Valga un botón de muestra: las investigaciones científicas, de las que la filosofía materialista se jacta de beber, describen un universo infinito que tiene, según los cálculos más recientes, una edad aproximada de trece mil ochocientos millones de años. A la par, señalan que el ser humano —el *Homo sapiens*— apareció hace unos doscientos mil años. Siendo esto así, la filosofía materialista, que solo concibe la dimensión física de las personas, debería inferir que la humanidad casi carece de valor e importancia para la naturaleza: ¿qué son unas pocas decenas de miles de años sobre un pequeño planeta en comparación con la vida de un cosmos tan longevo e ilimitado? Esto es aún más obvio si lo que se toma en consideración es un solo ser humano: si la filosofía materialista fuera coherente con sus propias premisas y conclusiones, el significado de tu vida, así como la de cada uno de tus congéneres, se reduciría prácticamente a cero.

Sin embargo, en lugar de hacer gala de esa coherencia y, a partir de ahí, revestirse quizá de modestia y abrir las puertas del discernimiento a otras tesis y orientaciones, el materialismo se encierra en sí mismo y se atrinchera en la prepotencia: sublima la condición humana hasta el grado cómico de considerarla la única forma de vida inteligente. Eleva a la categoría de verdades absolutas —sobre la vida, la naturaleza, el cosmos...— las conclusiones obtenidas a partir de unas pocas evidencias en cuanto a un número reducido de fenómenos —observados mediante instrumentos exclusivamente físicos, que adolecen de grandes limitaciones—. Por ello, sus fundamentos empíricos son muy frágiles. No obstante, defiende y difunde puntos de vista categóricos y excluyentes contruidos sobre estos cimientos. Y la filosofía materialista hace algo más: descalifica los abrumadores testimonios de innumerables sabios y místicos de todos los tiempos que abogan por la existencia de una vida no física y de otros mundos más sutiles —entremos en ello inmediatamente—.

Si utilizamos los instrumentos analíticos que nos proporciona la psicología moderna, resulta fácil percatarnos de que esta prepotencia y este dogmatismo no constituyen más que una huida hacia delante. Efectivamente, la filosofía materialista emprende esta escapada para no reconocer sus propias carencias y contradicciones y, sobre todo, para evitar afrontar algo obvio: el hecho de que la colosal inmensidad del escenario cósmico en que la vida se despliega es una invitación constante a sopesar seriamente y con rigor la posibilidad de que la existencia humana consista en algo más que en la vida física.

LAS HONDAS RAÍCES DE LA FILOSOFÍA TRANSCENDENTE

Por todo lo enunciado, las diferencias entre la filosofía materialista y la trascendente no radican en que los pilares de la primera sean las demostraciones objetivas y los de la segunda, las percepciones subjetivas. Esta argumentación constituye una falacia; máxime cuando la ciencia contemporánea está demostrando que el conocimiento del mundo objetivo es de carácter eminentemente subjetivo.

Entonces, ¿qué es lo que distingue la una de la otra? Pues la consideración en que se tiene al ser humano. Una de ellas afirma que el hombre no es más que un animal evolucionado. La segunda, que es un ser espiritual encarnado en este plano material. Al hilo de ello, esto es lo que identifica a la filosofía trascendente: la visión del ser humano como algo más que un ente físico y temporal que, según la filosofía materialista, no goza de consistencia alguna en el marco de una vida que se expande por un cosmos ilimitado.

La visión trascendente no ha cesado de alentar a la humanidad a formularse las grandes preguntas de la existencia y tratar de resolverlas en lugar de permanecer sumergida en la consecución de unas metas triviales y en el sota, caballo y rey del mundo y la vida materiales. Se trata de buscar algo más de lo que podemos observar a simple vista.

Este algo más es lo que da sentido y valor a la vida de cada cual. También aporta la perspectiva que precisamos para comprender los acontecimientos que vemos desplegarse en el tiempo y en el espacio. Asimismo, configura el eje medular en torno al cual giran la religión, la filosofía y la ciencia; pues las tres comparten la misma meta: poner de manifiesto la realidad que está más allá de lo material, la que constituye la esencia de la existencia y del universo.

Que la espiritualidad, la filosofía y la ciencia hayan venido desplegando históricamente sus esfuerzos en compartimentos estancos se ha debido a los planteamientos y posicionamientos dogmáticos, ortodoxos y excluyentes que cada una han exhibido. Ahora bien, esto no es óbice para reconocer que sus empeños son complementarios. Desde la filosofía trascendente se ha entendido siempre así y se constata que la síntesis de la religión, la filosofía y la ciencia es la más grande que podamos concebir y encierra la mayor carga de posibilidades beneficiosas para el género humano.

Con este telón de fondo, la filosofía trascendente se ha ido construyendo sobre las reflexiones, indagaciones, experiencias y aportaciones espirituales, filosóficas y científicas que, desde tiempos remotos y hasta la actualidad, han realizado personas que la historia reconoce y acredita como sobresalientes. Ellas atesoraron y compartieron una sabiduría y una visión universal de la vida y la existencia que rompieron las barreras temporales de sus respectivos contextos históricos.

Estas personas excepcionales estuvieron ya presentes en civilizaciones tan antiguas como las mesopotámicas —de Sumeria a Babilonia— y la India y el Egipto arcaicos. De su mano, con el paso del tiempo, florecieron el hermetismo y las llamadas escuelas de misterios que proliferaron en numerosas partes del mundo, especialmente en Oriente Medio y Europa.

Posteriormente, surgieron los grandes pensadores que en la Grecia clásica y en Asia Menor crearon lo que hoy se entiende como filosofía. Más tarde, en Roma y Alejandría hubo personajes

que aportaron el conocimiento neoplatónico y gnóstico. Todo el bagaje mencionado, junto con la alquimia, la cábala y la mística de las grandes religiones, enlazó con el posterior desarrollo del pensamiento abstracto y práctico tanto en el mundo árabe como europeo; en este último llegó hasta el Renacimiento y la Ilustración.

Hoy sabemos los nombres de muchos de estos personajes insignes —sabios, instructores espirituales, creadores de las religiones, gigantes del pensamiento y de la ciencia...— que desde Sumeria hasta el presente han configurado la filosofía trascendente y una sabiduría sin edad. Y hay nombres que no aparecen en las enciclopedias por haberse perdido su rastro. Todos ellos, viviendo en períodos muy distintos y en lugares muy distantes, han dejado una profunda huella en el devenir de la humanidad y le dieron las bases fundamentales de su actual acervo y patrimonio trascendente y cultural.

He aquí algunos de los nombres más famosos; una muy pequeña muestra del total —por orden alfabético—: Aristóteles, Arquímedes, Averroes, Blavatsky, Cicerón, Confucio, Copérnico, Dante, Descartes, Eckhart, Edison, Einstein, Erasmo, Francisco de Asís, Franklin, Galileo, Gandhi, Gautama Buda, Goethe, Hegel, Heráclito, Hermes Trismegisto, Jesús de Nazaret, Juan de la Cruz, Jung, Kant, Kepler, Lao-Tse, Leibniz, Leonardo da Vinci, Newton, Paracelso, Parménides, Pascal, Pitágoras, Platón, Rumi, Séneca, Sócrates, Spinoza, Tales de Mileto, Teresa de Jesús, Tomás de Aquino.

Si toda esta gente, personas auténticamente excepcionales de todas las épocas y culturas, genuinos y reconocidos faros de luz para la evolución de la humanidad, si todas ellas sin excepción han coincidido en una visión trascendente de la existencia, ¿no constituirá ello la prueba irrefutable de la veracidad de tal visión? ¿O es que todos esos individuos estaban equivocados al respecto? Si lo estuvieron, también fueron erróneas el resto de sus aportaciones, que se nutrían directamente de sus percepciones de lo trascendente. Ello supondría poner en entredicho los cimientos sobre los que se asienta la civilización humana.

Para divulgar sus enseñanzas, todas esas personas conformaron grupos, fundaron escuelas, escribieron textos, viajaron, mantuvieron encuentros con gente muy distinta... Así, a menudo sin pretenderlo, dieron lugar a las tradiciones religiosas, filosóficas y científicas más extendidas y reconocidas. Todas estas, sin excepción, beben de la misma sabiduría, la cual recorre, como una corriente perenne, la historia de la humanidad. Se trata de una sabiduría sin edad que ha nutrido y promovido la evolución en consciencia del género humano. Y sigue haciéndolo.

VIDA Y MUERTE: DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA

EL CICLO DE LA VIDA, LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN
EN LA NATURALEZA Y EN LA EXISTENCIA HUMANA

Entrando de lleno en lo que es el objeto de estas páginas, resulta que la muerte y la vida más allá de la vida, con todo lo que implica y conlleva, han sido siempre un elemento central en el seno de la sabiduría mencionada. Por ejemplo, si miramos hacia atrás en la historia, cabe recordar el mito egipcio más afamado y significativo: el que gira en torno a Osiris, rey de Egipto y esposo de Isis. Relatado por Plutarco, aunque cuenta con muchas variantes, narra cómo Osiris fue asesinado por su hermano Seth, quien trocó en catorce pedazos el cuerpo del fallecido y los esparció por todo el reino. Sin embargo, Isis —diosa de la materia, la alquimia y la regeneración— recuperó amorosamente los miembros y, con la ayuda de su hijo adoptivo Anubis, reconfiguró y embalsamó el cuerpo con el fin de insuflarle vida después. Tras ello, Osiris e Isis tuvieron un hijo, Horus, quien vengó el asesinato de su padre; recuperó el trono y desterró a Seth al desierto. A su vez, Osiris pasó a ser el rey y dios de los muertos, y el símbolo de la redención y la resurrección. En conmemoración de todo ello se celebraban los misterios de Osiris en Abidos, que incluían una procesión funeraria, el viaje en barca y la resurrección al tercer día, con la

consiguiente transfiguración —el viaje en barca ponía de manifiesto el hecho de que, tras la muerte, hay que atravesar un «río», esto es, una fase o estado intermedio para pasar de la «orilla» que es la vida física a la «orilla» que es la vida en el otro plano. En cuanto a la resurrección al tercer día, constituye un claro antecedente de los misterios de la muerte y resurrección de Jesús en el seno del cristianismo—.

Este mito refleja metafóricamente la toma de consciencia y la transformación que ello implica, cuestiones ambas muy presentes en la filosofía transcendente. La muerte de Osiris a manos de su hermano Seth —símbolo de la ignorancia y la inconsciencia— representa la Vida esparcida en las distintas y numerosas formas materiales —innumerables seres e infinidad de átomos y partículas—. Isis actúa como el aspecto evolucionado y regenerador de la consciencia, que percibe los fragmentos no como cosas separadas, sino como partes constitutivas de una misma unidad. Y de la fusión mística entre la dimensión física y la espiritual nace Horus, el espíritu radiante, el fruto de la evolución.

El mito de Osiris plasma bellamente el ciclo de la vida, la muerte y la resurrección en la naturaleza y en la existencia humana. Tras un ciclo de encarnación en la vida material deviene de manera inevitable la muerte física. Entonces toca atravesar un estado intermedio, una fase de tránsito, que nos lleva del plano físico al denominado plano de luz, al Devachán, al cielo cristiano —hay que llegar a la otra orilla del río. Para ello, hay que pagar al barquero; con este fin se dejaba una moneda en la boca o sobre los ojos del fallecido—.

En función de las características y cualidades de la vida física que se ha dejado atrás y, por lo tanto, del estado de consciencia del fallecido, el paso por ese estado intermedio es distinto para cada uno. Puede vivirse de una manera fluida y natural o como una interacción con el inframundo, Kāma Loka, Amenti o Hades para hacerse merecedor de llegar a la otra orilla —es la fase del purgatorio de la que nos habla la religión católica—. Una vez que se arriba al otro lado —al plano de luz—, se permanece ahí hasta

que la naturaleza y la necesidad de una nueva experiencia conducen de nuevo al plano material para desarrollar otra vida física.

Bastantes mitos de la antigüedad se refieren a los ciclos de la naturaleza y de la regeneración de la vida. Tiene lugar un fluir cíclico, lo cual permite concebir la muerte no como un final o un fenómeno destructivo, sino como un paso imprescindible en el proceso evolutivo y de creación. A este respecto, conviene recordar que, en el cosmos y la vida, la función destructora no se inicia cuando llega el momento de la disolución, sino que se ejerce todo el tiempo y en todas partes. Basta con mirar el cuerpo humano: en él están teniendo lugar, continua y simultáneamente, procesos de creación, preservación y destrucción; y es el perfecto equilibrio entre estas fuerzas lo que mantiene al cuerpo vivo y en estado de salud.

El uso habitual de las palabras «muerte» y «destrucción» no nos evoca una noción correcta de lo que esos procesos significan y conllevan en la vida y el universo. La muerte y la destrucción desempeñan un papel muy importante y definido, pero no deben contemplarse de forma aislada, como se suele hacer, sino como partes de una función más amplia descrita, con mayor propiedad, como «regeneración»: no hacen sino quitar de en medio aquello que ya ha cumplido la finalidad a la que estuvo destinado y que ahora se erige en un obstáculo para el desarrollo subsiguiente. La muerte es, por lo tanto, un aspecto necesario en la progresiva evolución de los cuerpos y el desarrollo de la consciencia. Y debe ser considerada como un complemento de las funciones de creación y preservación.

En este contexto, y ligado a la sabiduría ancestral a la que antes se hizo mención, el objetivo de los mitos —y del simbolismo a ellos asociado— no era otro que apoyar a las personas interesadas en su proceso de transformación interior. Las llamadas escuelas de misterios —las de los misterios órficos y las de Eleusis, el dios Mitra, Samotracia...— jugaron un papel notable al respecto y fueron populares en el mundo antiguo; se extendieron desde Egipto y Asia Menor hasta Grecia y Roma desde el segundo milenio antes de Cristo y perduraron hasta que el emperador Diocesano, en el año 396 d. C., acabó con ellas y sus templos fueron saqueados.

No ha llegado hasta nosotros mucha información de las escuelas de misterios, pero sí sabemos que los ciclos vitales y naturales, la muerte, el renacimiento y la vida más allá de la vida estaban presentes en sus celebraciones y entre sus conocimientos. Por ejemplo, sabemos de los misterios de Orfeo gracias a los himnos órficos que han sobrevivido y al legado de Pitágoras. En ellos se celebraba el descenso de Orfeo al mundo de los muertos para rescatar a su amada Eurídice, y el fallecimiento y resurrección de Dionisio, hijo de Zeus y Perséfone —esta fue raptada por Hades, que la obligó a casarse con él, y se convirtió así en la reina del inframundo—.

Por la información de que se dispone, los misterios de Eleusis giraban igualmente en torno a Perséfone —la Proserpina latina—, así como en torno a su madre, Deméter, diosa de la agricultura.

El hilo conductor que es la atención a la muerte y a la vida en el más allá ha proporcionado luz y perspectiva al ser humano con el fin de que pueda contemplar de frente y de manera reflexiva su propio fallecimiento físico. Se trata de que sustituya la dejadez al respecto por el interés por saber qué hay detrás de dicho fallecimiento y perciba de forma nítida la realidad de su existencia más allá de lo material. Esto debe permitir al ser humano diluir sus recelos en cuanto a la muerte y afrontarla sin temor, a partir de entenderla no como el final de nada, sino como una fase más del ciclo de la vida, la muerte y la resurrección.

TENER MIEDO A LA MUERTE ES TENERLO A LA VIDA

A pesar de tantas aportaciones lúcidas realizadas por los personajes más sabios de la historia, las dudas, los miedos, la ignorancia y el desconcierto ante la muerte están presentes en la vida de una cantidad ingente de personas. Esto ocurre especialmente en los países más desarrollados desde el punto de vista socioeconómico. En estos, la mayoría de la gente rehúye la reflexión acerca de la muerte e, incluso, pretende vivir su día a día en el más completo olvido de la existencia de la misma. Tiene lugar una especie de amnesia artifi-

cial ante lo que, siendo evidente, no se quiere aceptar. Tampoco se quiere saber qué significa y conlleva. Esta negación emocional adopta diversas formas, como la ansiedad, la perturbación, el pavor, la hiperactividad —el culto al trabajo—, el narcisismo —el culto a sí mismo— o la confianza en la ciencia para que postergue el momento del fallecimiento —el culto a la tecnología médica—.

¿A qué obedece una actitud de negación tan absurda? Alejandro Rocamora, psiquiatra y miembro fundador del Teléfono de la Esperanza, señala en su escrito «Morirse a gusto» el hecho de que la sociedad actual contempla la muerte como el fracaso de su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza: el ser humano contemporáneo «puede controlar y manipular casi todo», pero se percibe indefenso ante la muerte. Debido a esto, intenta no pensar en ella; trata de simular que no existe. Parece como si la muerte fuera un desliz extemporáneo, una muestra de falta de educación o incluso una perversidad; algo que hay que ocultar, sobre todo a los niños, en lugar de acostumarlos a lo que significa como primer paso para que no vivan con miedo a ella. En palabras de Sándor Márai, sacadas de su obra *Diarios (1984-1989)*, «para los supervivientes, la muerte inesperada es como un insulto; protestan indignados como si dijeran: “¡qué indiscreción!”».

Lo cierto es que si la sexualidad fue el gran tabú hasta mitad del siglo xx, ahora lo es la muerte. Esto tiene múltiples manifestaciones:

- El lenguaje ordinario plasma espléndidamente el deseo de ocultarla por medio de expresiones sinónimas muy variadas: «ha exhalado su último suspiro», «nos ha dejado», «ha pasado a mejor vida», «descanse en paz», etcétera.
- Se ha modificado socialmente la forma ideal de morir. Antes se quería que tuviera lugar de forma consciente y con apoyo espiritual. Hoy, en cambio, lo que se ansía es una muerte rápida y sin sufrimiento: «¿sufrió mucho?», «¿se enteró?», son las preguntas más frecuentes en estas situaciones.

- A los moribundos se les suele esconder el momento estimado de su muerte y se les intenta consolar absurdamente con palabras de ánimo, como si lo que tuvieran fuera una enfermedad pasajera de la que se van a recuperar. Esto es un auténtico disparate. Toda persona tiene derecho a saber que sufre una enfermedad terminal; si no se le da esta información, se le está quitando la oportunidad de gestionar su muerte. Es vital que en el tiempo que le quede, el que sea, tenga la oportunidad de despedirse adecuadamente de sus seres queridos y de la vida física: esa persona merece poder cerrar círculos y cuestiones que puedan estar pendientes; debe poder explicar o exponer cosas de las que no se habla en el día a día; debe tener la opción de compartir aquello que lleva en el corazón pero que ha olvidado decir entre el ajetreo de la vida diaria (cosas como un «te quiero»)... Es así como se puede llegar al instante del óbito en paz y armonía, y gozar de una «buena muerte».
- Cuando las circunstancias hacen que se esté junto al moribundo en los momentos previos a su deceso, las sensaciones que se experimentan no suelen ser de acompañamiento amoroso, sino de temor y hasta de pánico; interiormente, puede ser que la persona incluso desee salir corriendo a pedir auxilio.
- Pocas personas fallecen en su casa, y los velatorios en el hogar son una práctica casi extinguida. Inmediatamente después de haber tenido lugar la defunción, el cuerpo es despachado del hospital al tanatorio, y después se procede con la mayor celeridad posible al enterramiento o la incineración. Lo que cuenta es la eficacia y la pulcritud; todo es muy aséptico. Los protocolos, incluidos los famosos pésames, son tan impersonales como perfectamente preestablecidos, tan automatizados como insulsos. Si es preciso, se hace el «favor» a la familia de certificar médicamente que el fallecimiento ha acontecido a una hora distinta de la

real, para que los trámites puedan agilizarse y los tiempos de espera y duelo sean más cortos.

Ante esta manera de actuar, conviene traer a colación lo compartido por Sigmund Freud en la parte final de sus *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*: «Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte». Personalmente, cambiaría el verbo «soportar» por «gozar»: si quieres gozar la vida, prepárate para la muerte.

Debemos partir de la premisa de que tener miedo a la muerte es tener miedo a la vida. La Vida, en mayúsculas, incluye ambas, la vida y la muerte. Puesto que no podemos prescindir de ninguna de las dos, para vivir y gozar la vida es necesario comprender y asumir la muerte.

Según diversos estudios, Bután es el país con mayor nivel de felicidad. ¿Cuál es el motivo? La razón no se encuentra en cuestiones de índole socioeconómica, sino en el hecho de que los butaneses tienen presente la muerte y, en vez de rehuirla, reflexionan a menudo acerca de ella. Contribuye a esto el hecho de que la iconografía butanesa incluye con frecuencia la figura de la muerte: su imagen está en todos lados, representada de manera colorida y evidente. No se oculta ni siquiera en los juegos infantiles.

En este punto, la mente vuelve a las andadas con sus dudas y recelos: ¿qué sabemos realmente del más allá y del proceso que se abre tras la muerte si nadie ha vuelto para contarlo? Pero esto no es verdad. Porque sí hay gente que ha regresado para contarlo...

¿HAY FUENTES QUE NOS PERMITAN SABER LO QUE NOS ESPERA TRAS LA MUERTE?

LA INTROSPECCIÓN

Conviene destacar al abordar el interrogante que sirve de título general a este apartado que los seres humanos atesoramos un

colosal conocimiento en nuestro interior, en lo más profundo de lo que somos.

Algo tan maravilloso no nos lo dicen en el colegio ni en la universidad, ni en el seno de la familia; tampoco lo difunden los medios de comunicación... A pesar de esto, incluso si ignoramos la existencia de este conocimiento, asoma en el transcurso de nuestras vidas en forma de intuiciones, inspiraciones, presentimientos y corazonadas que nos alientan a hacer o no alguna cosa, que nos indican un determinado camino, que nos aconsejan a la hora de tomar una decisión... Se trata de una sabiduría innata que no proviene de fuera, de nada que hayamos aprendido o nos hayan enseñado.

¿Qué podemos hacer para conectar con ella y utilizarla de manera consciente? La clave radica en la introspección: debemos centrar la atención en nosotros mismos, mirar adentro y observarnos, en silencio y sintiendo el ritmo de la respiración, en estado de concentración y meditación. A través de la introspección se pueden vislumbrar y percibir muchas cosas; entre otras, en lo que aquí nos ocupa, las experiencias que nos esperan cuando el cuerpo físico fallezca.

En antiguas corrientes espirituales se realizaba una práctica de reflexión íntima consistente en vivir la muerte de forma simulada. En algunas culturas iniciáticas, las personas incluso se metían en ataúdes, y en ocasiones eran enterradas por un tiempo, con el fin de que la experiencia fuese más intensa, más próxima a la real. Bastantes sabios de todas las etapas históricas, culturas y latitudes geográficas han conocido y llevado a cabo prácticas como estas; y, desde luego, han efectuado a menudo la aludida introspección.

LA FILOSOFÍA TRANSCENDENTE

Por otro lado, volviendo al interrogante que encabeza este apartado, hay que recordar que la filosofía trascendente, pacientemente construida durante siglos con las aportaciones de

tantos personajes eminentes, muestra que hay vida más allá de la muerte.

Expresado metafóricamente, se nos describe la vida física como una habitación y el plano de luz —Devachán, cielo..., la vida más allá de esta vida— como otra habitación. Y la denominada muerte como una puerta que se abre para pasar de una habitación a la otra. Así de sencillo. Por lo tanto, nada termina y nada empieza: la vida es una, un continuo que se desarrolla en distintas fases, en diferentes estancias, cada una de las cuales tiene sus propias leyes y características.

Eso sí, entre ambas habitaciones hay una especie de pasillo o cuarto intermedio que separa el plano físico del plano de luz. Es inevitable pasar por ahí para poder ir de uno al otro. Cuando desencarnamos entramos en ese espacio o estado intermedio, conocido como tránsito. Este es el río al que hacía mención páginas atrás, el cual hay que cruzar; según la mitología, mediante el pago al barquero.

TRADICIONES ORALES Y ESCRITAS

El tránsito y el acceso al plano de luz siguen unas pautas y cuentan con un recorrido que la humanidad, desde tiempos preteritos, ha vertido en tradiciones orales y escritas. Está más allá del objetivo y el alcance de estas páginas enumerar los textos más notables en los que se han ido plasmando estas tradiciones a lo largo de los siglos. Ahí van unos pocos botones de muestra. Por ejemplo, los Textos de las Pirámides, grabados hace cuatro mil quinientos años en los pasajes, antecámaras y cámaras de las mismas, narran la Duat o tránsito y el papel del barquero celestial —estos textos fueron recogidos en papiros en la época del faraón Unis, último de la V dinastía—. Posteriormente se escribieron los Textos de los Sarcófagos, de casi cuatro milenios de antigüedad, y el *Libro de los muertos*, que data de hace unos tres mil quinientos años.

Contamos asimismo con el *Bardo thodol* o *Gran libro de la liberación natural mediante la comprensión en el estado intermedio* —a menudo, mal titulado como *El libro tibetano de los muertos*—, que constituye una completa guía de instrucciones, redactada en la octava centuria de nuestra era, para afrontar el tránsito. La obra divide el tránsito —estado intermedio o bardo— en tres fases: la primera es el mismo momento del óbito, o estado transitorio del momento de la muerte; la segunda es lo que se experimenta después del fallecimiento, en el denominado estado transitorio de la realidad; y la tercera es el estado transitorio del renacimiento, en que tienen lugar las experiencias previas al nuevo nacimiento físico o reencarnación.

PERSONAS QUE POSEEN EL DON DE LA COMUNICACIÓN CON EL MÁS ALLÁ

Lo que ponen de manifiesto la introspección, la filosofía trascendente y textos como los citados se confirma por los testimonios de personas que poseen el don de conectar con seres físicamente fallecidos que, ya desencarnados, se encuentran en el proceso del tránsito o en el plano de luz.

Es obvio que en el ámbito de la comunicación con el más allá hay mucha charlatanería y demasiado embaucador. Sin embargo, esto no debe evitar reconocer que existen personas, más de las que pudiera pensarse, que tienen este don. Por medio de sus experiencias directas nos proporcionan información sobre la continuidad de la vida tras el fallecimiento físico. Las aportaciones de algunas de ellas constituyen contribuciones fundamentales a esta obra.

EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE (ECM)

Otra fuente sobre lo que nos espera después de la muerte física la constituyen las personas que han tenido experiencias cercanas a ella (ECM), es decir, personas que, a raíz de una enferme-

dad o un accidente, parecen haber fallecido, pero finalmente se recuperan y siguen vivas. Durante ese lapso de aparente defunción tienen una serie de experiencias que nos aportan pistas y datos notables sobre el más allá.

Las ECM no son tan inusuales o excepcionales como se podría creer. Sirva como exponente el estudio efectuado en 1982 por el Instituto Gallup —una importante corporación demoscópica— que cifraba en cinco millones el número de norteamericanos que habían tenido ese tipo de experiencias. Es cierto que esta cifra supone solamente el 1,6 por 100 de la población estadounidense, pero es una cantidad suficiente para que, escuchando lo que comparten sobre su paso por la muerte, se puedan sacar algunas conclusiones fundadas. De hecho, Gallup extrajo una muestra representativa de esas personas y las encuestó con el fin de obtener resultados. Extrapolando estos números, se puede estimar en ocho millones la cantidad de individuos que han tenido ECM en el ámbito de la Unión Europea —unos setecientos cincuenta mil en el caso de España—.

Lo cierto es que gracias a los avances tecnológicos y científicos en el tratamiento de las enfermedades está creciendo el número de personas que no llegan a morir y «regresan». Esto ha provocado que bastantes investigadores se hayan interesado en el asunto. Uno de los pioneros fue Raymond Moody, médico psiquiatra, que en 1975 publicó el libro *Vida después de la vida*. En él se recogen relatos de hombres y mujeres que, habiendo superado la muerte clínica, aseguran haber tenido durante la misma una serie de experiencias extracorpóreas ligadas con ese otro plano que está más allá del fallecimiento físico.

También hay que mencionar a Pim van Lommel, reputado cardiólogo holandés que trabajó durante veinticinco años en un hospital docente con ochocientas camas. Al hablar con cientos de sus pacientes que habían sufrido un paro cardíaco, quedó atónito al descubrir que, lejos de haber perdido la consciencia durante el período en que habían estado clínicamente muertos, recordaban haber vivido experiencias extraordinarias que a él, como científi-

co, le costaba aceptar. Ante ello, decidió estudiar el fenómeno y así lo hizo durante dos décadas con un equipo especializado. En 2001 publicó una síntesis de su investigación en la prestigiosa revista médica *The Lancet*, que tuvo una amplia repercusión. Así se gestó su libro *Consciencia más allá de la vida*, que ofrece abundantes pruebas científicas de que las ECM no pueden atribuirse a la imaginación, a la psicosis o a la falta de oxígeno.

Pim van Lommel introduce estas experiencias en un contexto que va desde las distintas visiones religiosas hasta los nuevos supuestos de la física cuántica, con cuyos modelos teóricos son coherentes las ECM. Los resultados de su investigación llevaron a un medio de comunicación como *The Washington Post* a señalar que «las pruebas sostienen la validez de las “experiencias cercanas a la muerte” y sugieren que los científicos deben reconsiderar las teorías existentes sobre uno de los más profundos misterios biológicos: la naturaleza de la consciencia humana».

En España, hay que recordar al prestigioso doctor sevillano Enrique Vila, jefe de Medicina Preventiva en el Hospital Universitario Virgen Macarena de la capital hispalense, que en compañía de su esposa, Ángeles Garfía, desplegó durante treinta años, hasta su fallecimiento en 2007, un intenso trabajo de indagación científica sobre las ECM. Estudió más de setecientos casos por toda la geografía española y entrevistó a sus protagonistas. Su libro póstumo, *Yo vi la luz*, recopila los resultados de las sesenta y dos experiencias que consideró más representativas de lo que ocurre cuando desencarnamos.

Los estudios y libros reseñados, y otros muchos, muestran las grandes similitudes y coincidencias entre lo sentido y percibido por quienes han tenido ECM, con independencia de su perfil —edad, sexo, raza, religión, situación socioeconómica...—. Para la inmensa mayoría de quienes han vivido una ECM se trató de una experiencia agradable y satisfactoria —por ejemplo, en la encuesta del Instituto Gallup solo el cuatro por ciento de las personas que habían vivido una ECM la recordaban como algo desagradable o negativo—.

TESTIMONIOS DE EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE

El primer testimonio que conozco de una experiencia cercana a la muerte fue consignado por un personaje tan relevante como es Platón. Lo recoge en los párrafos finales del último libro de los que componen *La República*, su obra más influyente —es un compendio de las ideas que conforman su pensamiento—. La experiencia tiene como protagonista a un soldado llamado Er. Así arranca el filósofo griego su exposición: «No es precisamente un relato de Alcínoo lo que te voy a contar, sino el de un bravo guerrero, Er, hijo de Armenio, panfilio de nación. Habiendo muerto en la guerra, cuando al décimo día fueron recogidos los cadáveres putrefactos, él fue hallado incorrupto. Y llevado a su casa para enterrarlo, yacía sobre la pira cuando volvió a la vida y, resucitado, contó lo que había visto allá. Dijo que, después de salir del cuerpo, su alma se había puesto en camino junto con otras muchas y llegaron a un lugar maravilloso». A partir de ahí la narración se detiene en numerosos detalles sobre la vida en el más allá y termina con la descripción de cómo cada alma elige su siguiente vida antes de volver a encarnar.

Dando un gran salto en la historia, hace unos pocos años un testimonio de ECM recorrió el mundo, pues era el de un neurocirujano, Eben Alexander, profesor de la Escuela de Medicina de Harvard. Su experiencia tuvo lugar en noviembre de 2008 a raíz de una meningitis: permaneció en coma durante siete días, y en este contexto tuvo una experiencia extraordinaria en otro plano de la existencia; estuvo en «un sitio maravilloso, reconfortante y lleno de amor». Cuando regresó, había perdido el miedo a la muerte. Describió su experiencia en el libro *La prueba del cielo: El viaje de un neurocirujano a la vida después de la muerte*, publicado en 2012 —en 2013 en español—. En esta obra llega a conclusiones como estas: la consciencia es independiente del cerebro; somos mucho más que este y nuestro cuerpo físico; la muerte es una ilusión y una eternidad de esplendor perfecto nos aguarda más allá de la tumba —si bien hay regiones o campos intermedios—; nos

vemos acompañados por parientes difuntos, ángeles y otras formas de vida.

Además, también en 2012 redactó el artículo «Mi experiencia en coma» para la *AANS Neurosurgeon*, publicación especializada de la Asociación Americana de Neurocirujanos, en que desarrolló los mismos argumentos, pero de una forma más técnica. Acusado tras ello de acientífico por los defensores de la filosofía materialista, Alexander respondió a las críticas mediante otro artículo, publicado en el semanario neoyorquino *Newsweek*, con el que procuró aclarar cualquier tipo de duda sobre la veracidad de su viaje a la vida más allá de la muerte.

Las mismas conclusiones que las aportadas por Eben Alexander se derivan de mi propia experiencia cercana a la muerte, con la que abrí este capítulo. Siguen a continuación los otros nueve testimonios que, junto con el mío, fueron recopilados en el estupefaciente trabajo periodístico realizado por Malú Zamora y Javier Jorge —véanse los Agradecimientos. Se han efectuado ligeras modificaciones de estilo para una mejor adecuación gramatical—.

* * *

«Comprobé que lo que vi desde arriba sucedió».

A. G.

Responsable de logística de un almacén de suministros. Valencia.

Con diecisiete años, un día de verano, mi novia y yo decidimos ir a la playa en moto a hacer unas fotografías.

De camino, al cruzar un puente, la rueda patinó y caímos al suelo. La moto y mi novia tuvieron suerte. Yo me llevé la peor parte. Salí despedido y mi cabeza golpeó contra la valla del lateral. No llevaba casco.

Perdí literalmente el cuerpo y comencé a flotar. Me vi tendido inerte en el suelo con mi novia llorando agachada sobre mí. También vi a un joven que corría hacia allí pidiendo auxilio. Pero la visión cada vez era más difusa, porque yo no paraba de coger altura.

De pronto, mi ascenso flotando boca abajo se vio detenido por alguien que me asió por la espalda. Quien quiera que fuera, con una voz amigable y serena me preguntó:

—¿Dónde vas? —y, sin darme opción a responder, continuó—: Este no es tu momento. Tienes aún muchas cosas por hacer.

Recuerdo que me volví para ver a aquel ser. Vestía una túnica blanca, tenía pelo rubio algo largo y una cara que no se veía bien, pero que infundía confianza y tranquilidad. Meditando aún en las palabras de mi inesperado interlocutor, de pronto me sentí como si fuera viajando cómodo y feliz en un vehículo grande, lujoso y muy espacioso, dotado de un gran motor. Pero esa sensación desapareció enseguida y empecé a notar sangre.

Fue entonces cuando realmente tomé consciencia de lo que me había pasado. Desperté en un coche que resultó ser del chico que había visto correr desde arriba. Vivía junto al puente, y al ver el accidente acudió en nuestro auxilio. Dada la gravedad de mi estado, decidieron enviarme a la clínica San Juan de Dios de Valencia.

Ya en un quirófano, el médico que me atendió no daba crédito. Tenía múltiples fracturas craneoencefálicas. Precisaba suturas por las cejas, por la sien, por la barbilla, de hasta cincuenta puntos. Estaba vivo de milagro. Pero lo más increíble era que me encontraba bien. No sentía dolor; ni siquiera me hacían daño al pasarme la aguja y el hilo. Charlaba y bromeaba con las enfermeras como si nada grave hubiera ocurrido.

Una vez que todo hubo acabado, comenté mi experiencia con mi novia y comprobé que lo que había visto desde arriba era exactamente lo que había sucedido. No es, desde luego, algo que se vaya contando alegremente a todo el mundo.

Lo que me pasó me lleva a pensar que todos tenemos a alguien que está ahí, junto a nosotros, protegiéndonos aunque no lo veamos. También estoy convencido de que sí que hay vida después de morir; no es como esta, pero la vida continúa.

* * *

«Me tengo que ir. ¿No ves que me están esperando?».

J. F.

Director de cine. Cuenca.

Mi hermano sufrió un accidente de moto. Aunque al principio parecía que tenía solo alguna herida leve y sin importancia, su estado se agravó al no detectarle una hemorragia interna que, una vez extendida, se hizo incompatible con su vida.

Una mañana, el teléfono sonó para alertarnos de la inminente llegada de su fin; algo que, desde luego, era imposible de asimilar. Ninguno imaginamos que el día que cayó al asfalto impulsado por alguien que decidió saltarse una señal de stop desembocaría en una agonía tan rápida y tan compartida por toda la familia.

Todos sabíamos de la proximidad del momento más triste de nuestras vidas, todos menos él. Mi hermano permanecía ignorante de su gravedad; estaba consciente y lúcido, y así se mantuvo durante todo el día. Su lucidez era sorprendente teniendo en cuenta el destino que le aguardaba.

Los familiares intentábamos no agruparnos en la habitación del hospital para no despertar sospechas. Mientras, mi hermano nos hablaba con normalidad. En un determinado momento se incorporó sobre la cama e intentó levantarse. Yo estaba a su lado en ese instante. Siendo los únicos presentes en la habitación, le pregunté sorprendido que adónde iba. Respondió con la mirada fija en un punto en el que no había nadie:

—Me tengo que ir. ¿No ves que me están esperando?

Sorprendido, aclaré que no había nadie ahí, pero él insistió señalando hacia ese punto vacío.

No fui el único de los que ese día le acompañamos que le oyó decir cosas similares; incluso llegó a describir a uno de los que habían venido a buscarlo. Se refirió a él con toda naturalidad y como si le conociese perfectamente, y añadió:

—¡Mirad qué guapo está!

Esa noche murió. Se fue. Yo espero, dentro de mi tristeza y la de todos los que lo echamos de menos, que se fuera con alguien que le quiera tanto como nosotros.

* * *

«Estuve tendido sobre un verdadero helecho de nubes».

R. C.

Escritor, maestro de yoga y meditación. Madrid.

Hace seis años y medio, mientras me hallaba explorando la sabiduría budista en Sri Lanka, cogí una agresiva bacteria llamada listeria. De regreso a Madrid fui ingresado en La Paz, donde sufrí una parada respiratoria. Me pasaron a la UVI. Comunicaron a mis familiares que

podían quedarme cuatro horas de vida, pero permanecí tres semanas en coma, debatiéndome entre la vida y la muerte. Hubo días muy críticos, como relato minuciosamente en mi libro En el límite. Estuve prácticamente al borde de la muerte.

Tuve un verdadero torrente de vivencias muy intensas y a menudo tormentosas, como si irrumpiera todo el material de mi subconsciente. Los lamas tibetanos dicen que al borde de la muerte y antes de entrar en el bardo —estado intermedio— se produce un estado de prebardo, donde surgen visiones y vivencias de todo tipo, acumuladas a lo largo de muchas existencias previas. Hay que discernir si ello no sucede por las medicinas que están afectando al cerebro o por el alcance de la bacteria, que me produjo una meningoencefalitis.

Lo cierto es que las visiones eran más vívidas que las que uno pueda tener en el estado denominado de vigilia. Hubo otros días en que, según mis familiares y una de las doctoras, mi cuerpo estaba como vacío. Seguramente fue uno de esos cuando tuve una vivísima experiencia de disociación del cuerpo. Estuve tendido durante tiempo sobre un verdadero helecho de nubes, flotando, como tumbado entre las mismas. Mi estado era de consciencia y no sentía el menor temor. Después volví a mi cuerpo, cesaron esos estados de disociación y empecé a recuperarme.

Sin entrar en ningún tipo de elucubraciones, me he limitado a narrar mis experiencias. Lo importante es que haber estado durante tanto tiempo haciendo piruetas entre la vida y la muerte me dio un profundísimo sentimiento de humildad y la certeza de que en esta vida lo verdaderamente importante es la compasión.

* * *

«Estando en el fondo del mar y sabiendo que había llegado ya nuestro fin, apareció un ser».

M. L. y M. J. N.

Empresarias de hostelería en Almería.

Somos hermanas gemelas y esto nos ocurrió siendo unas niñas de siete años. Estábamos con nuestra madre y su hermana en una playa alejada de la ciudad, donde no hay mucha gente ni vigilancia. Nos metimos solas en el mar para bañarnos en un lugar más apartado. No nos dimos cuenta

de que nos acercábamos a una zona peligrosa. El fuerte oleaje nos arrastró mar adentro. Luchamos por mantenernos en pie; dábamos saltos desde el fondo para tomar aire, pero el agua nos cubría cada vez más. No podíamos nadar y la corriente nos llevaba.

Agotadas y sin fuerzas, dejamos de luchar y nos hundimos. Sabíamos que íbamos a morir. Ya no podíamos respirar y la angustia por ahogarnos dio paso a una inmensa paz.

De pronto, estando en el fondo del mar, apareció un ser que nadó hacia nosotras. Era un hombre que veíamos sin nitidez, como al trasluz. Parecía ir vestido como de buzo antiguo, con un casco de inmersión propio de un relato de Julio Verne. Rápidamente me sacó del fondo del mar y me dejó en la arena. Como le pedí que sacara a mi hermana, sin dudar un momento fue por ella y la trajo.

Descansamos y nos recuperamos del casi ahogamiento que vivimos. Ya repuestas, nunca más hablamos de quien nos había rescatado. Siempre ha sido para nosotras algo íntimo, una experiencia personal e inexplicable. ¿Quién pudo ser aquel ser que nos rescató en aquellas playas salvajes?

* * *

«Me vi dentro del famoso túnel».

M. G.

Crítico musical, escritor y administrativo en el Servicio Andaluz de Empleo. Sevilla.

Una noche del verano del 79, al cruzar una calle del centro de Sevilla, fui atropellado por un coche que salió de repente a gran velocidad. No me dio tiempo a verlo. El golpe me dejó inconsciente en el suelo con fracturas en la cabeza, rotura del húmero del brazo izquierdo y serias heridas en todo el cuerpo.

No sé durante cuánto tiempo permanecí sin conocimiento, pero cuando desperté sé que estaba rodeado de italianos que habían presenciado el accidente. Habían visto al conductor dándose a la fuga.

No se me olvidará lo que viví mientras estaba sin consciencia. Me vi dentro del famoso túnel. Al final había una luz brillante que me cegaba. A ambos lados del túnel discurrían a gran velocidad imágenes estáticas en blanco y negro de mi vida, con mis padres, mis hermanos, amigos, etc.;

imágenes que mostraban momentos que había olvidado, pero que reconocía como propias. Primero aparecieron las más antiguas, las de mi niñez. A continuación, otras más cercanas en el tiempo, correspondientes a mis diecisiete años. Las observaba tumbado desde el suelo.

No podía pensar. Recuerdo que quería saber por qué veía aquello, pero la sucesión vertiginosa de imágenes me lo impedía. No fue, ni mucho menos, una sensación placentera. De hecho, no me gustó nada. Quería salir de allí como fuese.

* * *

«Vi un punto de luz al final con una imagen en el interior».

J. R.

Empresario del sector de las energías renovables. Barcelona.

Esto ocurrió en 1988, cuando me hallaba cumpliendo el servicio militar en la Academia General Básica de Suboficiales. Era el chófer del coronel al mando.

Cuando llevaba unos ocho meses de mili, un compañero me contó que mi novia de Tremp me la pegaba con un teniente. Cogí el coche del coronel y bajé al pueblo a buscarla. No la encontré a ella, pero sí a dos compañeros recién licenciados que necesitaban llegar a Lérida para coger el tren y me convencieron para que los llevase. Yendo ya de camino, en una curva, la carretera desapareció y nos vimos volando sobre un barranco. Por el aire cortamos la copa de un gran pino, dimos la vuelta y caímos boca abajo al campo.

El suelo donde aterrizamos estaba arado y el capó se enterró casi por completo. Recuerdo ver las ruedas girando con el coche clavado en el sembrado, mientras yo subía cada vez más rápido, alejándome, sin saber hacia dónde. Me sentía liberado, como si hubiera estado comprimido dentro de una botella y de golpe saliera de ella. Podía apreciar un punto de luz al final que se hacía grande, el cual tenía una imagen en su interior. Era mi madre en la cocina de casa fregando los platos con un delantal azul. Noté que podía desplazar esa luz para ver otras cosas.

Recuerdo ver a mi amigo Toni en la cantina, a mi hermana en su casa de Venezuela, cogiendo un teléfono de color rojo que sonaba, a mi abuela abrazándome, mi primer beso con una chica, el agua correr en la

riera del bosque cercano a mi casa, a mi hermano Carlos haciendo ondas con el humo de un cigarrillo...

De repente la imagen cambió, y repasé aquel día de principio a fin. Noté cómo alguien me tocaba mientras me preguntaba si me encontraba bien. Abrí los ojos y sentí algo que me caía sobre la cara. Estaba tumbado en el techo del coche volcado y mi acompañante colgaba del cinturón de seguridad sobre mí. Pregunté qué sucedía y me respondieron que habíamos tenido un accidente.

Me desmayé. Cuando recuperé el conocimiento despertaba de un coma de dos días en un hospital de Lérida. Los tres salvamos la vida aquel día.

Tras esta experiencia perdí el temor a la muerte y aprendí a valorar mucho más las cosas que nos rodean. Durante un tiempo lloraba por nada; me convertí en un sentimental que amaba a todo el mundo. Desde entonces procuro enfocar mi vida en ayudar a los demás.

* * *

«Mi padre, joven, vino a despedirse de mí».

C. D.

Soprano. Madrid.

Mi padre falleció el 24 de febrero de 2015. Lo enterramos dos días después y vivimos todo aquello como si fuera una película, sin creernos que eso nos estuviese pasando a nosotros.

El sepelio se celebró tan rápido que casi no nos dimos cuenta. Esperábamos que el sacerdote le dedicara unas palabras o que dijese algo más, pero fue un rito poco personal, muy metódico. Solo mencionó que la misa se había dedicado a mi padre, pero nada más. Cuando nos quisimos dar cuenta, ya estaba enterrado y procedían a cerrar la tapa.

Nos fuimos todos de allí, y yo, que estaba agotada, me marché a mi casa a dormir. Llegó la noche y lo digo clarísimamente: mi padre vino a despedirse de mí. Me lo encontré, pero, además, joven, moreno, guapo, como él era. Me estaba mirando con una sonrisa preciosa y con una mirada de amor única, que lo decía todo.

—Estoy aquí aún. No me he ido todavía porque tenía que venir a despedirme —me dijo.

Me dio un vuelco el corazón.